

á toda prueba. ¡Mirad cómo brotan llamaradas de ese Corazón! Llena de Dios, que acaba de encarnar en sus entrañas, María se siente como arrebatada en alas del amor á las alturas de la Judea, donde, en el seno de la anciana Isabel, alienta ya el dichoso niño que viene á la tierra como precursor del Mesías, como ángel que le ha de allanar los caminos. Ese niño, el más ilustre representante de la humana estirpe hasta aquel tiempo, yace todavía en la triste obscuridad del pecado ¡ay! más lóbrego que el mismo claustro maternal, y es preciso darle luz; está muerto en el alma, y el amor de María puede infundirle vida; está mudo, y es necesario desatarle la lengua, porque Jesús quiere ser predicado por la lengua del infante no nacido. Á eso va María á casa de Isabel, por eso corre acosada del amor; y en el umbral mismo de la casa, al sonar su primer saludo en los oídos de su santa prima, el venturoso Bautista salta de júbilo en el seno de la madre, porque está ya santificado, limpio de la mancha de pecado original, hecho primogénito de los hijos adoptivos de María, hermano de Jesús, rico de gracia y capaz de comunicarla él mismo á su bienaventurada Madre. ¡Qué eficacia tan prodigiosa la de aquella visita de María! ¡qué virtud la de ese fuego que no puede arder sin comunicarse á cuanto se le aproxima! He aquí el primer efecto del amor del Corazón de María á los hombres: el segundo será la compasión de las miserias de la pobre humanidad.

Las Bodas de Caná le proporcionan ocasión para revelar al mundo toda la ternura de sus entrañas misericordiosas. *No tienen vino*, dice á su Jesús; como si dijera: «Compadécete de los angustiados esposos: ¡cuánto no padecerán faltos de medios para obsequiar á sus con-

vidados, y en ocasión como ésta!» Pero, si la Virgen se conduele de la angustia pasajera, y al parecer, de poca monta de los virtuosos consortes de Caná; decid, oyentes míos, ¡cómo desgarrará su tierno Corazón todo ese cúmulo de angustias, afanes y pesares que oprimen á las almas buenas á cada momento y en todas las regiones de la tierra! ¡cómo le lastimarán las tribulaciones de la santa Iglesia! ¡cuánto no se apiadará de los infelices pecadores, menesterosos del vino de la gracia que da la vida eterna, sin el cual padecerán eterna muerte, hambre y sed rabiosa, sonrojo y confusión intolerables!

Ved aquí los reflejos del Corazón de Jesús en el Corazón de su querida madre: compasión y ternura hacia los desgraciados, pero en grado superior á cuanto puede experimentar el corazón humano; ansia y anhelo ardentísimo de hacer beneficios y comunicar los bienes que posee á todos cuantos quieran recibirlos, y aun á los mismos ingratos que desdeñosos los rechazan; amor, en fin, sin tasa ni medida á esos mismos hombres por ser hijos del Padre celestial y hermanos adoptivos de Jesús. Aquí tenéis los afectos que, cual licor exquisito, rebosan del vaso preciosísimo del Corazón de María. Veamos cuáles deberían ser los nuestros.

II.

8. ¿Cómo es posible, amados fieles, contemplar con piadoso arrobamiento las bellezas de un corazón como el de María, el más semejante al Corazón del Hombre-Dios, y no sentirnos inflamados en anhelo vivísimo de trasladar al nuestro, siquiera algunos rasgos de la perfección de aquel modelo de pureza y santidad que así arrebatara nuestras miradas y encadena nuestros afectos?

Y, en cuanto á vosotros, socios del Apostolado de la Oración, ¿no veis en el Corazón ardentísimo de la Reina de los apóstoles el ideal acabado de esa oración apostólica que, cual incienso que sube del Sagrario, penetra los cielos y arranca raudal de bendiciones? Por lo que á vosotras toca, almas devotas que permanecéis absortas en la presencia de Jesús sacramentado, velando con el Dios del Tabernáculo y adorando anonadadas su Majestad tres veces santa y digna de las adoraciones de todas las criaturas; ¡cuánto no podríais aprender en esta escuela de adoración del Purísimo Corazón de la Madre del Verbo!

9. Aprended todos á amar, y esto basta. Sí, sepamos amar como María, y nuestros corazones centellarán con el suave brillo de todas las virtudes. Amar ¡oh! y ¿qué otra cosa es la virtud? y ¿qué más ha menester el corazón para ser noble, puro y santo? Pero ¿qué cosa es amar, hermanos míos? ¿es por ventura idolatrar en nosotros mismos, adoradores de la carne corruptible? ¿es correr desalados en pos de un fantasma seductor, ó de un meteoro de belleza fugitiva que se desvanece apenas nos deja deslumbrados? ¡Ah, señoras cristianas! y ¡qué lejos anda el criterio del mundo de la verdadera noción, y más todavía del verdadero sentimiento del amor! Amar es ir en pos de la Belleza verdadera y eterna, suspirar por la posesión del Bien sumo é inmutable. Lo demás es ilusión de amor, no amor verdadero que llene y satisfaga el corazón. Porque ¿á quién satisfacen los más deliciosos ensueños? ¿Quién no siente la amargura del desencanto al despertar? Nuestra vida es algo serio, algo muy grave, pues tiene por fin al mismo Dios, para que nos demos por satisfechos con fantasmas alucinadores. En este sentido no cabe duda que debemos ser positivos, esto es, parti-

darios de la realidad. Si amamos á Dios en todo y sobre todo lo transitorio, si vamos en busca de aquel bien, fuera del cual no hay más que sombra y vanidad, ¡oh! entonces sí que acertaremos: eso será amar de veras, eso llenará nuestro corazón, aunque no busquemos directamente satisfacerlo. ¿No es esto lo que hizo la felicidad del Corazón de María, que profetizó la aclamarían dichosa todas las generaciones? Y María ¿se buscaba á sí misma en el amor? ¿se complacía en sus propias excelencias? ¿no se anonadaba profundamente en el acatamiento del Señor? ¿no se sacrificaba por la felicidad de los hombres para gloria del Criador?

10. Anonadamiento en presencia del Altísimo: tal es el sentimiento propio de la humilde adoración, siendo al mismo tiempo la expresión más cabal de la caridad. Porque ésta ¿qué es sino fuego que consume¹, incendio que reduce á cenizas el ser de la criatura, para que Dios sea en ella todo?² ¿No es éste el afecto más vehemente de las almas fervorosas? ¿no son ellas las que suspiran diciendo: «Ámete yo, Señor, más que á mí, y á mí mismo no me ame sino por ti, y á todos en ti, como lo ordena la ley del amor que deriva de ti sus resplandores?»³ He aquí, almas piadosas y amantes de Jesús sacramentado, la mejor disposición que podéis llevar para adorarlo, según la palabra del mismo Cristo á la Samaritana: *Dios es espíritu*, y por eso *los que le adoran, deben hacerlo en espíritu y verdad*⁴, esto es, más que con exterior postulación, con perfecta sumisión del espíritu á sus adorables decretos, más que con palabras susceptibles de engaño y de falta de sinceridad, con sencillez y verdad de cora-

¹ Hebr. 12, 29.² 1 Cor. 15, 28.³ Imit. Christi lib. III, cap. 6.⁴ Io. 4, 24.

zón. Hacedlo así, y la hora de adoración será escuela fecunda de merecimientos y aprendizaje de virtudes; será palestra donde queden vencidas por la energía tranquila de una voluntad amante todas las flaquezas y repugnancias de la sensualidad y el amor propio; será, en fin, verdadero lugar de sacrificio donde, en unión con el de Jesús en el altar, sea inmolado vuestro corazón por medio de la conformidad perfecta con la voluntad de Dios en los casos más arduos de la vida.

11. Y después de anonadaros profundamente delante del Señor, no para perder sino antes para acrecentar la vida y la energía virtuosa, iréis á sacrificaros generosamente por el bien de vuestros hermanos, á imitación de Jesús y de María. Porque, si amáis de veras, el sacrificio se os impondrá naturalmente como ley de amor. Para el que ama á los hombres en Jesús y por Jesús, no hay cosa más dulce que sacrificarse por hacerles bien; pues, como dice el inspirado autor de la Imitación de Cristo, el amor de Jesús es noble, y, como tal, impele á obrar grandes cosas y á desear siempre hacerlas mayores. El amor no dice «basta». Gran cosa es el amor, y bien de todo punto grande, y él solo hace ligero todo lo pesado, lleva con ecuanimidad todos los sucesos, por más desiguales que sean, no siente el peso de la carga que se impone, y encuentra dulce y sabroso lo más amargo de la vida¹. En efecto, hermanos míos, ¿qué montañas de dificultades son parte á detener el paso del apóstol? ¿adónde no lleva el amor de Cristo á la abnegada Hermana de la Caridad? ¿Será posible amar de veras y no sentir valor para arrosstrar la menor dificultad en favor de nuestros prójimos?

¹ Imit. Christi lib. III, cap. 6.

¡Ah! ¡qué pocos son los que de veras aman! *Hijos míos*, decía San Juan, *no amemos sólo de palabra y con la boca, sino con obras y de veras*¹. ¡Qué pocos son los que ejecutan todo el bien que pueden sin desperdiciar ocasión! Y es porque, siendo naturalmente tan pocos los héroes en el mundo, muy contados han de ser los que poseen la caridad llevada al heroísmo.

12. Mas entre esos pocos ¿quiénes han de figurar sino los apóstoles de la Oración, consagrados á promover por este medio la gloria del Corazón de Jesús? El Apostolado debe buscar en el Purísimo Corazón de María su apoyo y su modelo. Debe inspirarse, mayormente en este día en que le ofrece solemnes cultos, en los sentimientos de que está colmado y rebosando este admirable Corazón, digno de la mejor y más perfecta de todas las criaturas. Debe anhelar por inflamarse en el sentimiento que los domina á todos, el de la caridad de Dios y del prójimo. Amar á Jesús con todo el fuego de su alma virginal y nobilísima fué la dulce ocupación y la gloria incomparable del Corazón de María: *Exsultavit spiritus meus in Deo salutari meo*. ¡Qué júbilo tan celestial el de este amor contemplativo! ¡Qué modelo para nuestra oración! Comunicar á los hombres todo el bien de que era depositaria, dándoles á Jesús, salud y vida eterna, y ofreciéndolo en holocausto á la divina Justicia por la salvación de todos, fué sobre la tierra la única aspiración del Corazón de María. Como madre del huérfano y desvalido hijo de Eva, sintió las punzadas de nuestros dolores, que cual agudas espinas cercaron su Corazón para desgarrarlo cruelmente. Mas he aquí que las espinas se tornaron

¹ 1 Io. 3, 18.

por encanto en rosas de color de púrpura: ¿no las veis? Y ¿quién hizo este prodigio? ¡El amor! Coronado de rosas y arrojando llamas se nos muestra el Corazón de María para excitar el fervor en nuestros tibios y manchados corazones. ¡Plegue á Dios que su suave fragancia los purifique, y su santo calor los enardezca, haciendo reflejar sobre ellos los resplandores del Sagrado Corazón de Jesús! Así sea.

PANEGÍRICO DE MARÍA AUXILIADORA

(predicado en la iglesia de la Congregación Salesiana, de Bogotá, mayo de 1895).

María, restauradora de la piedad y de la educación en el siglo XIX.

Ecce hæc spes nostra, ad quam confugimus
in auxilium. Is. 20, 6.

Ilmo. Señor Arzobispo ¹,

1. Era á fines del siglo XVI, cuando, á la voz de San Pío V, el pueblo cristiano, temblando ante la cimitarra mahometana, clamaba á coros: *Auxilium Christianorum, ora pro nobis*; y hoy, á fines del siglo XIX, el mismo pueblo, aterrado por el espectro de nueva barbarie, también grita en todas partes, desde Turín hasta la Tierra del Fuego: «¡María Auxiliadora, ruega por nosotros!» ¿Qué denota, cristianos oyentes, la identidad de plegarias sino la identidad del peligro y del medio de conjurarlo? En aquel entonces la Iglesia, solidaria de la sociedad, formando el gran compuesto del Sacerdocio y el Imperio que se llamó la Cristiandad,

¹ El Ilmo. Señor Don Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá.

se veía amenazada de muerte temporal por el bárbaro heredero de Mahoma, pujante aún en mar y tierra, pues acababa de teñir su alfanje en la sangre de veinte mil cristianos degollados en la desventurada Nicosia. Hoy, en pleno siglo del progreso y de las luces, la pobre Iglesia de Cristo, rechazada por la sociedad ingrata que va diciendo en todas partes: «Arrojemos su yugo y el de Dios» ¹, vese rudamente amenazada de muerte espiritual por el feroz naturalismo que mata el espíritu, y el sensualismo vil que envenena el corazón en millares de hombres muertos para la verdad y el bien. ¿Cuál de esos dos tiranos, el que degüella los cuerpos, ó el que asesina las almas, es más terrible y espantoso? No es difícil conocerlo. Y ved aquí por qué el grito que hoy arranca del corazón de la Iglesia, no es menos agudo y lastimero, aunque tampoco es menos confiado y fervoroso, que en los tiempos del apogeo del islamismo.

2. Pero no es menos eficaz y poderoso el auxilio que responde á la voz suplicante de la Iglesia, porque hoy, como entonces, como siempre, aunque en modo diverso y adecuado á la índole de las necesidades actuales, es María, la poderosa Reina de los cielos y Madre de los hombres, la que baja de las alturas de su trono, con la espada de la misericordia en la mano, á pelear victoriosamente por la causa de sus hijos. *Venit adiutrix pia Virgo celo lapsa sereno* ². Así lo cuentan los monumentos legados por nuestros mayores; así lo atestiguan los templos cubiertos de magníficos trofeos; así lo pregonan estas mismas festividades, repetidas de año en año, en que á porfía todas las clases

¹ Proiciamus a nobis iugum ipsorum (Ps. 2, 3).

² Offic. Eccl. hymn. Vesp.